
CAPITULO QUINTO

EL PUEBLO CONTRA BENSINGTON

I

Hallábase preparando su informe la Real Comisión del *boomfood*, cuando la heracleoforbia empezó á hacer de las suyas, acrecentando su importancia la rapidez del estallido. Aquel segundo informe fué más *desgraciado* que el primero, según Cossar, pues dicho documento demostró que la Comisión, dirigida por su muy ilustre miembro el doctor Esteban Winkles, doctor en medicina y

en ciencias, miembro de la Real Academia de Ciencias, juez de paz, etc., etc., había resuelto declarar que la substancia, objeto del informe, carecía de todo defecto, y que se hallaba dispuesta á recomendar que se confiara la preparación del *boomfood* á una comisión científica, presidida por Winkles, como era natural. Dicha preparación, en tal caso, sería investigada convenientemente, cosa que bastaba, según la comisión, para satisfacer cuantas objeciones se opusieran á la libre difusión de la substancia.

No hay para qué decir que la nueva comisión que en el informe recomendaba, tendría el monopolio absoluto del descubrimiento, pero hay en la vida terribles ironías, y la heracleofobia, haciendo de las suyas, como hemos dicho, debía dar un solemne mentís al informe, á cincuenta metros no más de una preciosa casita de Kenston, ocupado por Winkles durante el verano. Y parece ahora innegable que el haberse negado Redwood á descubrir á su discípulo el secreto de la formación de la substancia, excitó en éste, con mayor fuerza, el deseo de averiguarlo por medio del análisis químico.

Como Winkles no era un manipulador de gran experiencia, lejos de analizar en los laboratorios de Londres, en que podía hacerlo, se retiró á Kenston y estableció allí uno propio, aunque modesto, en el jardín de su casa. No obtuvo en aque-

lla ocasión gran provecho de sus trabajos, por falta de habilidad y de energía, y al mes, aproximadamente, de intermitentes vigiliias, tuvo que desistir de su proyecto. El laboratorio de Winkles, no era un modelo de laboratorios ni mucho menos. Winkles había situado en un ángulo del jardín un depósito de agua con una espita que comunicaba con una cañería, la cual iba á desaguar fuera del jardín en un pequeño pantano, al que daba sombra un hermoso aliso. En tal depósito, que siempre tenía agua, echaba Winkles los residuos de la heracleofobia de que había hecho uso en sus experimentos investigadores, con el fin de que corrieran al pantano; pero la cañería estaba rota por algunos puntos y goteaba, de modo que el alimento iba cayendo gota á gota y en bastante cantidad sobre una charca en que había macizos de juncos, precisamente en la época en que la savia primaveral se movía con mayor empuje. Todo era vida, y todo era fuerza en aquel apartado rincón de Kenston. Allí, en aquella charca, rompían sus envolturas platinosas multitud de renacuajos y muchos caracoles surgían á la vida: bajo el verde toldo que formaban los juncos, removíanse las larvas del escarabajo de agua, llamado, no sé por qué, *dytiscus*, coleóptero raro de movimientos repentinos, que nada hundiendo la cabeza en el agua, y que tiene de una á dos pulgadas de longitud, en el supuesto de no haber probado aún el

alimento de los dioses: dicho coleóptero está provisto de mandíbulas en forma tubular, terminadas en puntas agudas, con las que hiera á sus víctimas y les chupa la sangre.

Los primeros en probar los gránulos de la heracleoforbía, que cayeron en la charca, fueron los caracolitos y los renacuajos, pero cuando uno de éstos, que ya crecía demasiado, quiso engullirse á otro renacuajillo, apareció una larva del *dytiscus* y le punzó con la aguda extremidad de sus mandíbulas, le chupó la sangre, y con ella el impulso vigoroso del crecimiento debido á la heracleoforbía.

Lo único que por fortuna pudo salvarse de las larvas, fué el apretado anillo de juncos y las hierbas del fondo de la charca. Al limpiarse más tarde el laboratorio, alguien arrojó más residuos de heracleoforbía mezclados con agua, en el depósito; pero la charca rebasó, y toda aquella tremenda y callada lucha por la vida, pasó lentamente al pantano adyacente, cubierto por el aliso.

Natural es que alguna persona fuese la primera que descubriese lo que estaba pasando en el jardín de Kenston, y dicha persona fué un señor llamado Lukey Carrington, profesor especial de Ciencias de un colegio de Londres, cuyo señor estudiaba, en sus horas de ocio, las algas pantanosas, con paciencia de naturalista.

Un día fué Carrington á Kenston para llenar

sus tubos con ejemplares nuevos: bajó hacia el pantano, y hundió en él su bastón.

El jardinero de Winkles, que subido en una escalera de mano, asomaba la cabeza por encima de la valla sin comprender la visita de aquel caballero á lugar tan poco frecuentado de gentes, se propuso vigilarle, y vió como se inclinaba hacia el agua, apoyando una mano en el tronco del aliso; pero no pudo apreciar desde donde él estaba, la sorpresa y el placer con que el naturalista vió los gruesos filamentos y los extraordinarios bulbos que había en el fondo del pantano. No se veían renacuajos, y á Carrington no le chocó otra cosa anormal, que la excesiva y exuberante vegetación acuática.

Después de contemplarlos con júbilo, el profesor se desnudó un brazo y lo introdujo en el agua, tratando de alcanzar tan hermosos ejemplares. De repente, salió un *dytiscus* de entre las raíces del aliso y arremetió contra el brazo de Carrington. La forma del animal era extraña; su longitud no bajaba de treinta y cinco centímetros, y su cuerpo parecía articulado como el de un escorpión. La repentina aparición del *dytiscus* y el agudo dolor que le produjo al buen naturalista fueron cosas demasiado extraordinarias para que Carrington no se conmoviera profundamente y dejara de perder el equilibrio. El sabio sintió que perdía la estabilidad y lanzó un grito agudo, cayendo de cara en

el pantano. El jardinero le vió hundirse y salir á poco á la orilla, sin sombrero y dando fuertes alaridos. Nunca había oído gritar á un hombre de aquel modo, y el asombrado mozo vió cómo el señor forastero intentaba arrancarse algo de la ensangrentada mejilla. Carrington agitaba y retorció los brazos desesperadamente; saltaba como si estuviera frenético; corría algunos metros, y volvía, ó caía en tierra, desapareciendo de la vista del jardinero. Este, al observar aquello, bajó de la escalera y atravesó la valla, llevando en la mano, por fortuna, las tijeras de podar. Dudó un momento, creyendo que iba á habérselas con un loco; pero las tijeras le dieron ánimo y avanzó resueltamente.

Cuando Carrington le vió, moderó la violencia de sus movimientos; pero por mucho que trató de dominarse, le fué imposible dejar de manifestar su horrible desesperación: trató de levantarse, pero volvió á caer sin fuerzas, gritando:

—¡Mira, mira, no puedo quitármelos!...

El jardinero, vió entonces, horrorizado, que Carrington llevaba en la cara, en el brazo desnudo y en una pantorrilla, tres de aquellas terribles larvas del *dytiscus*, hundiendo en la carne de la pobre víctima sus aceradas mandíbulas, y chupándole con avidez la vida. Las larvas hacían presa como perros, y así era que cuando Carrington se esforzaba por arrancarse la que colgaba de su

mejilla, no conseguía más que desgarrarse la carne y ahondar la herida, por donde brotaba la sangre en abundancia.

—¡Yo los cortaré, señor, yo los cortaré! — exclamó el jardinero. — ¡Sosténgalos usted mientras yo corto!

Y, en efecto, el mozo de Winkles, que estaba acostumbrado á verificar en los árboles aquella operación, seccionó una por una las tres cabezas de los sanguinarios insectos; pero tan agarrados estaban estos, que siguieron chupando desesperadamente, hasta que el jardinero, viendo que aún salía sangre por los segados cuellos de los monstruos, completó su obra dando unos tijeretazos más, que llegaron á coger alguna carne de la propia víctima.

Carrington no cesaba de repetir:

—¡No, no podía deshacerme de ellos, no podía!...

Por algún tiempo anduvo el naturalista tambaleándose y desangrándose, y pasándose sus débiles manos por las heridas como para convencerse de su estado. Por fin, desfallecido, dobló las rodillas y cayó á tierra con un desmayo mortal, entre los partidos cuerpos de las larvas, que aún se meneaban.

Afortunadamente, no se le ocurrió al jardinero ir al pantano á buscar agua para bañarle las heridas á Carrington, pues aún había más bichos

de aquellos entre las raíces del aliso. Lo que hizo fué atravesar la valla é internarse en el jardín para pedir ayuda. Allí encontró al cochero, al cual le refirió todo lo que acaba de pasar. Cuando ambos volvieron al lado del herido, éste se hallaba sentado, sin fuerzas, sin ánimos, y muy débil; pero aún tuvo alientos para advertirles del peligro que podían correr en el pantano.

II

Tales fueron las circunstancias en que tuvo el mundo la primera noticia de que en el alimento se había perdido otra vez. Una semana después andaban en Kenston Common muy atareados en eso que los naturalistas llaman centro de distribución. Esta vez no había allí avispas, ratas, ni tijeretas, ni ortigas, pero por lo menos hubo tres arañas de agua, varias larvas de moscas dragón, que se convirtieron en seguida en moscas que deslumbraban todo Kent con sus cuerpos de zafiro y una fastidiosa espuma gelatinosa que iba aumentando por momentos en las márgenes del pantano,

y llegaba su materia viscosa y de color verdoso hasta la mitad de la senda del jardín del doctor Winkles. Y principiaron á crecer de tal modo las aneas y otras plantas acuáticas que terminaron por secar el pantano.

Pronto comprendió el público que esta vez no se trataba de un sólo centro de distribución, sino de cierto número de centros. Había uno en Ealing, ahora ya no cabía duda que de allí procedía la plaga de moscas y arañas rojas; había otro en Sumbury, que producía feroces anguilas capaces de salir á la orilla y devorar á un carnero; y en Bloomsbury había uno que dió al mundo una extraña y terrible especie de gobios, quedando la única casa vieja que había en Bloombury habitada contra la voluntad de las personas que vivían en ella. De pronto se encontró el mundo de nuevo delante de los experimentos de Hickleybrow con la mar de exageraciones ridículas de monstruos domésticos en lugar de las gallinas gigantes, ratas y avispas. Cada centro principió entonces con su flora y fauna característica del local...

Ahora sabemos que cada uno de estos centros corresponde á una de las diferentes experiencias del doctor Winkles, pero por entonces no se sabía nada de esto. El doctor Winkles fué la última persona en enterarse de este asunto. Como es natural hubo pánico general, indignación apasionada, pero esta indignación no era contra el doctor

Winkles, sino contra el alimento, y aún más que contra el alimento contra el infortunado Bensington, que la imaginación popular le consideró desde un principio como el único responsable de todo esto.

El intento de lincharlo que siguió después, es precisamente uno de esos sucesos repentinos que abultan mucho la historia, y que en realidad es el menos significativo de todos los sucesos.

La historia de esta explosión de indignación resulta un misterio. El núcleo del tumulto partió sin duda del *meeting* que celebraron en Hyde Park los adversarios del alimento *boomfood*, organizado por los más exaltados del partido Caterham; pero no se ha podido saber quién fué el primero que lo propuso, ni quién tuvo la idea del ultraje á que tanta gente asistió. Para Mr. Gustave le Bon resulta esto un problema, un misterio de la psicología de los tumultos. Lo cierto es que á eso de las tres de la tarde de un domingo, una amenazadora multitud de londinenses, marchaba corriendo por la calle Thursday arrollando todo lo que encontraba á su paso para hacer un castigo ejemplar en la persona de Bensington como aviso á todos los demás investigadores, y tan á punto estuvieron ya de realizar su intento que faltó muy poca cosa, y no se recordaba haber visto en Londres una multitud tan amenazadora desde los remotos comienzos del reinado de la Reina Victoria

en que las verjas de Hyde Park vinieron abajo. Esta multitud estuvo, como decimos, tan á punto de realizar su intento, que una sola palabra de los amotinados hubiera decidido la suerte del pobre señor.

La primera intimación que tuvo de la cosa fué la gritería espantosa que subía de la calle. Se acercó á la ventana y estuvo mirando sin sospechar nada de lo que le amenazaba. Estuvo viendo durante un minuto como una docena, próximamente, de policías, que hacía esfuerzos sobrehumanos para cerrar el paso á aquella multitud desenfrenada, sin darse cuenta exacta de lo que significaría todo aquello. De pronto se le ocurrió pensar que aquella multitud que gritaba desafortadamente en la calle venía en su busca. Estaba solo en el piso, tal vez fué esta su salvación; su prima Juana había ido á Ealing á tomar el té en casa de una parienta por parte de su madre, y él no tenía la menor idea de lo que convenía hacer en tales circunstancias, como tampoco la tenía de lo que había que hacer el día del juicio final. Andaba por el piso corriendo de un lado para otro preguntando á los muebles qué era lo que le aconsejaban, quitando llaves de las cerraduras y volviéndolas á poner, cerrando puertas y ventanas de la alcoba, cuando entró el portero.

—No hay un momento que perder, señor. ¡Se

han fijado abajo en el patio en el número de este cuarto! ¡Y suben aquí derechos!

Sacó á Bensington al corredor donde ya se oían las voces de la turba que subía por la escalera central, cerraron la puerta detrás de ellos, y con la llave duplicada del portero entraron en el piso de enfrente.

—Esta es nuestra única salvación — dijo el portero abriendo una ventana que daba á un pozo de ventilación, donde había una escalera de hierro adosada á la pared, que servía para bajar los de los pisos de arriba en caso de incendio. Se le enseñó á Bensington y le dijo cómo tenía que subir, y principió él también á subir detrás de él, agujoneándole en las piernas y sonando el manajo de llaves que llevaba en la mano, siempre que desistía de continuar subiendo. Había momentos que le parecía á Bensington que no iba á terminar nunca de subir aquella escalera vertical. El parapeto de encima estaría muy distante, iba pensando él, una milla quizás, y por debajo... De lo que había debajo no le importaba nada.

—¡Firme y adelante! — exclamó el portero, y le asió de una pierna.

Al verse con la pierna cogida sintió un miedo horrible, y Bensington apretó todo el cuerpo á la escalera de hierro y cogió desesperadamente con la mano derecha el peldaño que estaba sobre su

cabeza dando, al mismo tiempo, un grito convulsivo de espanto.

Se vió que el portero había roto una ventana de otro piso que daba á aquel pozo, y al chocar contra la pared la hoja de la ventana que giraba sobre sus visagras, produjo gran ruido. Bensington volvió la cabeza con precaución hasta que vió al portero.

—Baje usted seis peldaños — le ordenó éste.

Esta operación que de tan fácil resultaba tonta, fué una cosa extraordinaria para Bensington, pues con muchísima precaución se atrevió á menear un pie.

—¡No me tire usted! — exclamó al verse cogido por el portero que le ayudaba desde la ventana abierta.

Le pareció que el llegar á la ventana desde la escalera era peligrosísimo hasta para una zorra ligera, y andaba pensando que en caso de necesidad había que buscar un suicidio más decente que aquel, cuando se decidió á dar el paso, y el portero lo cogió y tiró de él casi inhumanamente para meterle dentro.

—Estese usted aquí quieto — dijo el portero; — mis llaves no vienen aquí. Es una cerradura americana. Saldré y cerraré la puerta y veré si puedo encontrar al inquilino de este piso. Así es que quedará usted encerrado, no se asome á la ventana y no tenga miedo. Es el tumulto más te-

rrible que he visto en toda mi vida. Si ven que está usted fuera, se contentarán con destrozarse sus muebles...

—El indicador quizá — dijo Bensington.

—¡El demonio lo ha querido así!

—Lo principal es que no me encuentren...

El portero desapareció cerrando tras sí la puerta.

Bensington quedó otra vez abandonado á su propia iniciativa.

Se metió debajo de la cama.

Allí lo encontró poco después Cossar.

Bensington estaba casi aletargado de terror cuando lo encontró Cossar que había echado la puerta abajo haciendo fuerza con la espalda y apoyando los pies en la pared del pasillo.

—Salga usted de ahí, Bensington — dijo él. — No tenga usted miedo. Soy yo. Tenemos que salir de aquí porque le han pegado fuego á la casa. Los porteros se están disponiendo para marcharse. Los criados ya han marchado. Ha sido una suerte que el hombre que sabía esto de pegarle fuego á la casa nos lo haya dicho.

—¡Mire usted!

Bensington vió desde debajo de la cama las prendas de ropa que Cossar tenía en el brazo, y le llamó la atención un ¡sombbrero negro de mujer!

—Todos los inquilinos de la casa se están marchando también dijo Cossar. — Si no le pegan

fuego subirán hasta aquí. La tropa tardará una hora larga en llegar. El cincuenta por ciento de los amotinados son Hooligans, y escuso decir que entrarán en los pisos mejor amueblados para desalojarlo todo. Póngase usted esta falda y sombrero y véngase conmigo.

—¿Pero cree usted que con eso?... — principió á decir Bensington asomando la cabeza por debajo de la cama como una tortuga.

—¡Sí, hombre; póngase usted esto y véngase conmigo! La cosa es bien clara y sencilla.

Y con gran vehemencia principió á tirar de Bensington para sacarlo de debajo de la cama, y principió á vestirle transformándole en una vieja de pueblo.

Le remangó los pantalones y tiró las zapatillas que llevaba puestas, le quitó la corbata, cuello, chaqueta y chaleco, y le echó por encima de la cabeza la falda negra, le puso después un cuerpo de franela encarnada y otro cuerpo igual á la falda encima. Le hizo quitar sus características gafas y le encasquetó el sombrero en la cabeza.

—Si parece que ha nacido usted á propósito para ser una vieja — le dijo mientras le ataba las cintas del sombrero. — Ahora póngase usted estos zapatos, cosa terrible va á ser esto para sus callos, el mantón, y ya está el disfraz completo.

A ver, ande usted á un lado y á otro — añadió Cossar, y Bensington obedeció.

—Muy bien — dijo Cossar.

Con este disfraz andaba muy torpe porque le estorbaban las faldas, y principió á decir con voz de falsete, imprecaciones afeminadas para representar mejor el papel, pensando, al mismo tiempo, en la turba que venía á lincharle, cuando el primer descubridor de la heracleofobia IV, principió á caminar por el corredor de la casa Chesterfield, mezclado con aquella exaltada y desordenada multitud, dejando así de figurar por completo en los acontecimientos que constituyen nuestra historia.

Después de esta escapatoria no se volvió á mezclar en el estupendo descubrimiento del alimento de los dioses, siendo así que de todos los hombres era el que había hecho más en un principio.

III

Este hombrecito, que es el que empezó todo el asunto, sale ahora de nuestra historia, como después de cierto tiempo saldrá por completo de todas las cosas del mundo, aunque hablarán mucho de él. Pero como es el primero que principió todo este asunto, parece muy razonable que dediquemos á su gran éxito una página intercalada de intención. Podemos pintarle en sus últimos días como se le conoció en Tumbridge Wells. Porque en Tumbridge Wells fué donde volvió á aparecer después de una temporada de obscuridad, cuando ya había desaparecido por completo la furia de los revoltosos. Apareció debajo del aventador de su prima Juana medicinándose para curar los ataques nerviosos con exclusión de todos los demás intereses, y completamente indiferente, según parecía, á las batallas furiosas que se estaban li-

brando entonces respecto á esos nuevos centros de distribución, y respecto al alimento de los niños.

Se estableció en Monte Gloria, en el hotel Hidroterapéutico, donde había extraordinarias facilidades para toda clase de baños; baños carbonatados, de creosota, tratamiento galvano-forádico, *masaje*, baños de pino, de almidón, de radium, de luz, de calor, de salvado, de agujas, de alquitrán, etcétera, y dedicó su inteligencia al desarrollo de ese sistema de tratamiento curativo que aún era imperfecto cuando murió. Bajaba á veces en un coche de alquiler, con su gabán de piel de foca, y otras, cuando sus pies se lo permitían, se iba paseando hasta Pantiles, y allí bebía, á pequeños sorbos, agua ferruginosa delante de su prima.

Con sus espaldas encorvadas, su color sonrosado y sus lentes ahumados, formaban en conjunto una figura especial que llamaba la atención en Tumbridge Wells. Nadie sentía por él la más mínima aversión, y hasta parecía que el hotel y todo aquel sitio se sentían orgullosos con su presencia. Y, aunque prefería que los diarios no siguieran hablando del desarrollo de su gran descubrimiento, no por eso dejaba de gustarle cuando cruzaba el hotel ó bajaba hasta Pantiles, el cuchicheo de las personas que decían:

—¡Ahí va! ¡Ese es!

Lo que le hacía suavizar un poco su boca y le brillaban los ojos por un momento.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

La visita maravillosa.
El hombre invisible.
Anticipaciones.
Los primeros hombres en la Luna.
El Amor y el Sr. Lewisham.
Ruedas de fortuna.
Cuando el dormido despierte.
El Alimento de los Dioses.

H. J. Wells

Juicios de la prensa

H. J. Wells, escritor extraordinario, en el que se han unido la exuberante fantasía meridional y el espíritu amplio y progresivo de los hombres del norte, después de haber concepciones maravillosas de los misterios de la Ciencia, de las nebulosidades de la Naturaleza y de las incógnitas siderales, necesitaba buscar en las nebulas del tiempo, para conseguir con exquisita sensibilidad artística una visión perfecta del futuro.

Esto es ANTICIPACIONES: un adelantamiento prodigioso á la marcha normal de los años, un estudio completo de las sociedades venideras; un alarde de profecía científica; una serie magnífica de axiomas y paralogismos del porvenir; lo que ha de ser la locomoción en el siglo xx, lo que han de ser la escuela, el libro, la guerra, el idioma, la familia; todo visto á través de un temperamento artístico, de una psicología honda, de un espíritu analítico superior á todo encomio.

LOS PRIMEROS HOMBRES EN LA LUNA es una preciosa novela admirablemente traducida del inglés por el ilustrado Doctor en Ciencias y conocido periodista D. Vicente Vera.

En el género de la novela científica ningún escritor ha sabido hasta ahora manejar tan hábilmente los efectos, mezclar con tanto éxito la inquietud á la curiosidad y dar, en resúmen, á la locura, tanto aspecto de razón.

La fantasía de Wells es poderosísima y toma de repente inesperados vuelos, pasando del humorismo más punzante y frío, pesimista y triste á veces, á escenas terroríficas, notablemente descritas. Hace gala, también, de sus raras dotes para pintar personajes y caracteres con un solo trazo, lleno de vigor, de exactitud y de malicia.

EL HOMBRE INVISIBLE.—Pensar en la invisibilidad de un hombre y suponer todas las ventajas que de tal invisibilidad podrían sacarse, es cosa que á muchos se les ha ocurrido, pero nadie hasta el

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA HISTÓRICA
"ALFONSO R. T. S."
No. 1625 MONTERREY, N. L.

originalísimo Wells ha descubierto los inconvenientes, los verdaderos horrores á que semejante estado daría lugar.

Las aventuras de Griffin, el hombre invisible, grotescas á veces conmovedoras otras y siempre interesantes, proclaman la inventiva de un genial novelador, al mismo tiempo que los profundos conocimientos científicos y las dotes de observación del celebrado escritor inglés.

La lectura de este libro, tan deleitosa y tan llena de sorpresas, no se abandona una vez comenzada, por lo imprevisto de los acontecimientos, naturales sin embargo todos, que sostienen el ánimo del lector en constante tensión, por procedimientos de verdadero arte y sin que su autor haya de recurrir á brochazos y efectos de gusto dudoso.

Titúlase el libro LA VISITA MARAVILLOSA, y después de su lectura, bien puede decirse de Wells, con Mauricio Maeterlinck, que posee «la imaginación más imprevista, la más inagotable, la más completa y la más lógica de estos tiempos».

La novela que nos ocupa es la historia de un ángel caído en nuestro planeta; el relato de sus aventuras y de su iniciación en nuestra vida humana, en nuestras costumbres, en nuestras emociones. Las peripecias son de una novedad encantadora, y la ironía de ciertas observaciones sobre nuestro régimen social, hacen pensar á veces en alguna de las más célebres novelas de Voltaire, al cual en LA VISITA MARAVILLOSA aventaja Wells, por su *desinierés* y la originalidad del asunto.

En éste, como en otros libros, no es Wells, como se ha dicho, un continuador de Julio Verne, pues aun poseyendo una imaginación tan fértil como la del popular novelista francés, tiene sobre éste la doble superioridad de ser un artista verdadero y de encerrar en cada una de sus ficciones una de esas grandes ideas que no se dirigen á los niños, sino á los hombres.

